bérselas con niños? ¿Quién no tiene hijos que educar, ó discípulos que instruir? Y para enseñar ¿no es indispensable antes aprender á enseñar?

Consecuencia práctica:

Este librito merece serlo de las personas de toda edad.

El Traductor.

LA CONFESIÓN

¿Qué es la Confesión?

¿Sabes, niño ó niña, lo que es *confesarse?* Escúchalo bien, y en cuanto lo hayas comprendido, trata de practicar del mejor modo posible lo que voy á decirte.

Niños hay que experimentan por la Confesión un miedo terrible. Diríase que es el confesonario una como ratonera, en la cual van á ser devorados como devora el gato al infeliz ratoncillo. Conocí en París una muchachuela, y no boba por cierto, que de tal suerte lloraba y pateaba en medio de la calle al tratar su madre de llevarla á confesar por la primera vez, que se vió obligada la pobre señora á desandar con la mayor confusión el camino andado, y á diferir para más adelante el negocio. A otro conocí, niño de nueve años, que volvió de espaldas en cuanto vió al confesor abrir la rejilla del confesonario, escapando á todo correr como si hubiese visto al diablo. Otros hay que sudan durante la Confesión la gota gorda, oyéndoseles á diez pasos de distancia la palpitación violenta de su agitado corazón.

Tales niños ó niñas son unos tontos, verdaderamente tontos, puesto que la Confesión es la cosa más sencilla del mundo. No has de portarte tú como ellos; importa que aprendas y sepas cuanto antes lo que sin duda ellos no saben bastante, esto es, que el confesarse es cosa, no solamente provechosa, sino muy dulce.

Confesarse es ir á encontrar el sacerdote de Jesucristo y decirle con sencillez, con franqueza, todos los pecados que recuerdas haber cometido.

No es ciertamente para divertirse ni para matar el tiempo en que se le van á decir de esta suerte los pecados, sino para obtener de Dios el perdón de ellos. Cuesta á veces algún tanto dar este paso, más es necesario practicarlo, pues que Dios lo quiere, y porque no estamos sobre la tierra para hacer solamente lo que nos gusta y nos divierte, sino principalmente para salvar nuestra alma obedeciendo á Nuestro Señor Jesucristo.

Al sacerdote, y sólo á él, debe revelar el hombre sus pecados si quiere que se los perdone Dios. ¿Sabes por qué? Porque Dios, al bajar á este mundo, dió á sus sacerdotes, y á ellos solos, el divino poder de perdonar todos los pecados. Sólo á los sacerdotes dijo el buen Jesús: *Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonáreis los pecados, perdonados les serán, y á quienes no se los perdonáreis, no les serán perdonados.* Y les dijo además en su Evangelio: *Lo que desatáreis en la tierra, quedará desatado en el cielo.* Al sacerdote de Cristo debes, pues, dirigirte para confesar tus pecados si quieres, hijo mío, que Dios te los perdone.

No te bastaría, para ser perdonado, arrepentirte de tus pecados y decírselos secretamente y á solas á Dios. No: Jesús mismo, que es Dios, te manda descubrir tus faltas á sus sacerdotes, que son representantes suyos, sus ministros y sus enviados en medio de los hombres. Cuando estás enfermo llamas al médico, porque él solo puede curarte; del mismo modo cuando esté enferma tu pobrecita alma, no dudes en dirigirte al sacerdote, que es el médico de las almas, que las cura en nombre de Dios. Los que no quieren confesarse no quieren ni pueden ser curados. El pecado es una terrible enfermedad que precipita las almas al infierno.

Si eres tan dichoso, hijo mío, que tengas una buena madre, cristiana y piadosa, no has de hacer más que pedirle que te ayude á prepararte cuando quieras acudir á la Confesión. Puedes, si quieres, decir á ella tus faltas; pero esto no será la verdadera Confesión, sino solamente un modo de prepararse para hacerla. Mira, no obstante: si algo hay que no quieras comunicar á tu madre, no estás obligado á decírselo, basta que se lo digas todo á tu confesor.

Es necesario decir al sacerdote todos los pecados que uno recuerde haber cometido. Dios lo exige absolutamente. Si por malicia, ó por orgullo, tuvieses la desgracia de ocultar á tu confesor algún pecado, pobrecito hijo mío, cometerías otro pecado mucho

peor, harías mala Confesión, y no sólo no te serían perdonados tus pecados, sino que tu alma quedaría desde entonces mucho más pecadora. Mucho más valdría no confesarse nunca que hacer una mala Confesión, una Confesión sacrílega.

He conocido muchos niños y niñas que habiendo callado, durante muchos años, pecados en sus confesiones, eran los más desgraciados, devorados por el remordimiento; y los que en este estado hayan muerto están sin ninguna duda ardiendo en el fuego del infierno.

«Pero ¡mirad que yo he cometido muy grandes pecados!» Ea, dime, pobrecito hijo mío; la misericordia de Dios ¿no es por ventura más grande que tus pecados? No temas, pues; dílo todo, perfectamente todo.

Es mucha tontería callar al confesor un pecado, por grave y por feo que sea, pues sobre ofender con esto más y más á Dios, al fin hay que acabar por decirlo, á no ser que se prefiera arder eternamente con el demonio en el infierno. ¿Y por qué no hacer desde luego lo que más tarde se habrá de hacer? Y después, cuando se han callado pecados, es forzoso volver á repetir todas las confesiones pasadas, como que estaban mal hechas, lo cual es mucho más penoso y desagradable. Finalmente, eso es no comprender el corazón del sacerdote, que ama á sus penitentes, que tiene compasión de sus faltas y debilidades, que nunca los desprecia, que los consuela en vez de agriarlos, y que está por desgracia muy habituado á oir pecados de todas

clases. No temas, pues, pobre niño mío; dí *todos* tus pecados sin callar uno, sin disimular su número ni su gravedad: decirlos todos, ya lo sé, cuesta un poco: más se experimenta siempre en seguida la mayor paz y el mayor consuelo, además del perdón que tu Padre espiritual te concederá bondadosamente, y que ratificará el mismo Jesucristo desde los cielos.

«Bien quisiera yo decirlo, pero no sé siquiera cómo empezar... ¡Es tan feo!»

Pues bien, dílo de este mismo modo á tu confesor, muy sencillamente; «Padre, he hecho cosas muy feas; ni se cómo decírselas á vd.» Verás cómo te ayuda tan bondadosamente; te preguntará, le responderás tú con franqueza, y tras esto quedarás desembarazado y contento.

Repara bien, hijo mío, en lo que te acabo de decir. Es necesario no ocultar expresamente los pecados en la Confesión. Si al confesarte te *olvidas* de uno ó muchos pecados, buena es tu Confesión y perdonado quedas. Los mismos pecados olvidados, y que tú no revelaste porque no los recordabas, quedan perdonados como los demás. Ni un momento te traiga inquieto este asunto. Sólo que, como Cristo nos manda confesar al sacerdote todos lo pecados graves cometidos, la primera vez que vuelvas á confesarte comvendrá que le digas: Padre mío, olvidé decir á vd. la última vez, que había cometido tal ó cual pecado.» Y si no obras así, faltarás gravemente á la ley de Jesucristo; harás otra mala Confesión.

Lo que debe en gran manera animarnos cuando tengamos grandes pecados que confesar, es la idea de que el sacerdote no puede *jamás*, por pretexto alguno, decir á nadie, sea quien fuere, lo que ha sabido por Confesión. Esto es lo que se llama «el secreto de la Confesión.» El sacerdote está obligado á sufrirlo todo, calumnias, persecuciones, cárcel, la muerte misma antes que faltar á ese riguroso secreto. Un grande Obispo de los primeros siglos, San Agustín, decía: «Lo que sé por la Confesión lo sé menos que aquello que nunca he sabido.» Así jamás se ha hallado un sacerdote que comunicase á otro lo que oyó en Confesión; no se ha hallado ni se hallará.

¿No es esto muy consolador para un pobrecito pecador como tú? Y esta revelación hecha en secreto, una sola vez para toda la vida, esta revelación que el confesor olvida allí mismo, un minuto despues, entre tantos y tantos pecados como oye todos los días; esta revelación ¿no es preferible mil veces á la vergüenza horrible que experimentarán los pecadores orgullosos, cuando en el postrer juicio hará conocer Dios sus pecados al mundo entero, á todos los hombres, á todos los ángeles, antes de pronunciar la sentencia de condenación? Lo que tú rehusas hoy comunicar bajito, á solas, á un hombre sólo en el secreto de la Confesión, un día lo oirán publicar en alta voz, á la faz del mundo entero, tu padre, tu madre, tus hermanos y hermanas, tus maestros y compañeros y cuantos te han conocido. ¿No tuve yo razón en asegurar que era una verdadera locura callar un solo pecado en la Confesión?

Así, pues, querido hijo mío, ya ves lo que es confesarse, y cuán sencillo y cuán necesario.

La Contrición

Para alcanzar el perdón de los pecados no basta confesarlos á un sacerdote, es necesario además arrepentirse de ellos de todo corazón. Este arrepentimiento sincero y cristiano se llama *contrición*. Contrición y arrepentirse, son una misma cosa.

No le es difícil á un buen niño ó niña arrepentirse de sus pecados. Basta que reflexione un sólo instante y recuerde la bondad infinita de Dios y su tremenda justicia.

«Dios es tan bueno, me ama tanto... y yo... yo le he ofendido. Él me prepara un paraíso, me abre su corazón y sus brazos de Padre. Él, que no tiene de mí ninguna necesidad para ser feliz, y yo, ingrato, le he desobedecido, le he causado aflicción, le he abandonado!.....

«¡Mi buen Salvador Jesús ha llorado por los pecados que yo he cometido; lloró por mí en su pobre cuna de Belén, en su casa de Nazaret, en el huerto de la agonía y en su santa Pasión! ¡Mis pecados fueron la causa de sus dolores, de sus humillaciones, de los insultos y bofetadas que sufrió! ¡Por mis pecados fué coronado de espinas, despedazado á azotes, arrastra-

do, abandonado de todos, clavado entre dos ladrones, por mí, miserable pecador; por mí Jesús estuvo pendiente, todo ensangrentado, en la cruz; por mí murió, y fué partido su Corazón de una lanzada! ¡Por mí resucitó y subió á los cielos para abrirme á mí la puerta de ellos! Y yo he pagado tanto amor ofendiéndole miserablemente!.....

«¡Por uno sólo de mis pecados mortales he merecido el infierno, el fuego eterno del infierno con el demonio, cuando hé aquí que, por su misericordia infinita, mi Salvador Jesús me llama á sí, y me dice: Pobrecillo arrepiéntete y te perdonaré!»

Si se piensa en eso con alguna seriedad, ¿no es cierto que es muy fácil arrepentirse y arrepentirse de todo corazón? Pero... ¿qué ha de ser? se vive en un atolondramiento contínuo, sin pensar más que en frivolidades, en el juego ó en cuentos divertidos, y se olvida el amor que se debe á Dios, y se olvida que tenemos una conciencia que se ha de guardar pura, un alma que hemos de salvar, un corazón que hemos de santificar con la piedad cristiana. En todo se piensa menos en Jesús, á quien llevamos en nuestro corazón; en Jesús, que ve todo lo bueno ó malo que hacemos y á quien ofendemos infinitamente con nuestro pecado. ¡Oh cuántos arrojan de su corazón á Jesús sin hacer caso de sus lágrimas ni de su amor!

¡Tú no serás, no, ingrato como esos muchachos y muchachas! Guarda cuidadosamente tu corazón puro: si tienes la desdicha de caer en un pecado, sobre

todo en un pecado grave, pronto procura arrepentirte, y dirigiéndote interiormente á tu buen Jesús, como si te echases á sus piés, dile del fondo del corazón:

«¡Buen Jesús mío! me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido, porque Vos me amáis y porque yo también os amo!... Me arrepiento de haber pecado, porque el pecado os desagrada, y porque sois infinitamente bueno é infinitamente santo. Perdonadme, no volveré más á pecar.» Esta breve oración es lo que se llama un acto de contrición.

Fíjate bien en la poderosa razón por la que debes sobre todo arrepentirte cuando has pecado, esto es, que Dios te ama y tú debes amarle también á Él. El temor de la justicia de Dios y del fuego del infierno son ciertamente excelentes motivos de arrepentimiento; pero el amor es un motivo superior más perfecto y en cierto modo más cristiano.

El amor es tan poderoso para mover el Corazón de Jesús, que basta para ponernos *inmediatamente* en estado de gracia, sea cual fuere la gravedad del pecado que hayamos cometido, si entonces nos volvemos á Dios y le decimos *de todo corazón* con grande humildad, confianza y amor sincero: «¡Jesús, Dios mío, perdonadme; os amo con todo mi corazón, con toda mi alma me duele amargamente haber ofendido á vuestro amor; porque os amo de veras, no quiero más pecar.» Si por otra parte hacemos la resolución firme de confesarnos así que podamos, nos pondrémos al mo-

mento en gracia de Dios, de suerte que, aunque muriésemos antes de poder confesarnos, no nos condenaríamos. ¡Oh! ¡cuán bueno es Jesús! ¡cuánta razón tenemos en llamar bondadoso á nuestro Dios.

¡Hijo mío ó hija mía! el corazón de tu madre es en cierto modo una imagen del corazón de Jesús. Cuando has cometido cualquier travesura cuando has agraviado á tu madre, ¿qué es lo que más te aflige entonces? Es el disgusto, la pena que has causado á aquella buena mujer que te ama más que otro alguno en el mundo. Mira, pues; el buen Jesús te ama todavía más de lo que podrá nunca amarte tu madre.

Cuando uno se arrepiente de veras, queda resuelto del todo á no volver otra vez á aquello que ha dejado. Esto es lo que se llama firme propósito. Cuando caes, te levantas al instante, ¿no es verdad? Y habiéndote levantado tienes la firme intención de no caer otra vez; miras lo que te ha hecho tropezar, y procuras tomar precauciones para no tropezar otra vez. Así debes portarte con tu alma. Así que ha caido en una falta es necesario que se levante, que vaya con cuidado en adelante, que evite las ocasiones peligrosas, y que resuelva firmemente no caer voluntariamente otra vez en el pecado.

Esto no significa que ya no caerás más, pues el arrepentimiento, por sincero que sea, no nos hace impecables; quiere decir solamente que detestas cordialmente el pecado, y que harás todos los esfuerzos posibles para no caer voluntariamente. Cuando bajas por la escalera ¿no estás resuelto y muy resuelto á no tropezar en los escalones? Y no obstante, á pesar de tu firme propósito y de tus precauciones, es muy cierto, pobre niño ó niña, que tropiezan tus piés, caes y te haces daño. Preciso es reconocer, sin embargo, que el propósito que es verdaderamente firme ayuda mucho para evitar gran número de faltas.

Una de las mejores señales con que se conoce el propósito firme, es el cuidado que uno pone luego después en evitar las ocasiones que antes le hicieron pecar. Así, si un compañero te da malos consejos, te dice cosas feas y te hace ofender á Dios, si tú te arrepientes de veras y tienes de verdad un firme propósito de no recaer en aquellos pecados, evitarás en cuanto te sea posible hallarte con aquel mal compañero; y si te ves obligado á encontrarte con él, vigilarás sobre tí mismo, y le dejarás plantado si tiene atrevimiento de volver á empezar sus malas conversaciones.

Nunca dudes; empero, querido hijo mío, que todas tus buenas resoluciones serían inútiles si no las sostenía y animaba la gracia poderosa de Dios. Pide, pues, esta gracia, cuantas veces te sientas tentado del mal obrar: La gracia es la unión de tu alma con Jesús; así que te sientas tentado pide luego á Jesús que te bendiga y te asista: «¡Mi Dios, venid á socorrerme! ¡Jesús mío, habed piedad de mí! ¡Os amo firmemente, no quiero pecar!»

Como Dios te ama y quiere tu salvación, *jamás* te